

Aleksandra Lun

Química para mosquitos



ALEKSANDRA LUN

Química para mosquitos

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).



Un jurado compuesto por Manuel Vilas, como presidente, Ignacio Martínez de Pisón, Inés Plana, Lara Moreno, Luis Sánchez Facerías, Carmen Valcárcel, Edurne Portela y Joan Tarrida concedió a esta obra el 15 de diciembre de 2023 el LIV Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Aleksandra Lun, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 1145-2024
ISBN: 978-84-19738-24-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Todo empezó en muchos sitios y en muchos momentos, algunos incluso antes de que nacieras, en países extranjeros y en las mentes de otros.

JULIAN BARNES, *El ruido del tiempo*

Un día, a los pocos meses de nacer, dejas de respirar y un vecino, borracho, te salva la vida. Te coge de los tobillos y te sacude cabeza abajo hasta que toses con el aire.

Naces en verano, en un hospital de ladrillo. Abres los ojos en una sala pintada de gris pálido. Se oyen gemidos y gritos de mujeres. Alguien de voz ronca te da un golpe fuerte en las nalgas.

Los primeros meses de tu vida son confusos. Aún no ves ni oyes bien. Todo es borroso. Cuando abres grande tus ojos de bebé, en vez de los barrotes de la cuna, ves la ventana de la nave y, a través de ella, la Tierra. El planeta rota en silencio, sus océanos parecen observarte.

Otro día, consigues percibir la lámpara de techo de tu cuarto pero, en cuanto cierras los ojos, te ves en la cabina principal de la nave. Con una de tus antenas tocas el ventanal, que te devuelve un leve temblor. La nave resplandece en la oscuridad, sus paredes transparentes expulsan una luz ambarina al espacio. El agua empieza a filtrarse por las fisuras del suelo.

El día en que dejas de respirar todo es particularmente confuso. Ni siquiera distingues las formas de los barrotes de la cuna. Sólo ves una luz cegadora que se filtra a través de tus párpados. ¿Es el fluorescente de la nave o el sol que entra por la ventana de tu cuarto? Algo en ti se desdobra, como un camino que se bifurca. Un gran silencio se apodera de todo. El silencio es denso y acogedor, y parece no tener fin.

Sientes que alguien te agarra de los tobillos y te sacude con fuerza. Coges el aire, oyes una voz:

—No te duermas.

A partir de aquel día, poco a poco, todo se vuelve más concreto y tangible. Tardas un tiempo en entender dónde estás. A tu alrededor, chimeneas industriales escupen un humo negruzco. Los bloques de pisos de hormigón se levantan en medio de un paisaje plano como si fueran hongos nucleares. Los montículos de escombros de la extracción del carbón parecen unas esfinges vigilando una ciudad de provincias.

Aprendes a caminar. Aprendes el idioma.

Tus antenas han desaparecido, ahora tienes el cuerpo de una niña. Sigues viendo borroso y gris. El halo de colores que lo rodeaba todo en la nave ha desaparecido.

Te visten con la ropa y los zapatos de otras niñas, hijas de las amigas de la pseudomadre. Es ropa de tallas y cortes que no te van bien. Todo es demasiado grande o demasiado pequeño, te escuece o te aprieta.

Cuando cumples tres años, la pseudomadre te lleva al oftalmólogo. «Miopía y daltonismo», reza el papel que le entrega el médico. En una óptica vacía, el optometrista te mide la cara con una regla metáli-

ca. Sales con unos cristales gruesos encajados en una montura de pasta gris. Los recuerdos de la nave se van alejando. Aquí el tiempo es una corriente desenfrenada que te arrastra a su paso como una avalancha de nieve violenta. Los acontecimientos se suceden muy rápido, nada los amortigua.

En la nave el tiempo fluía de otra forma. Era un espacio protector y ondulante al que los eventos llegaban despacio, con suficiente tiempo para reaccionar. No estaba dividido en unidades. Aquí fragmentan el tiempo en segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años. Ahora es el año 1980.

La gravedad te clava al suelo. Cuando la pseudomadre te viste con la ropa incómoda, cierras los ojos e imaginas que vuelves a estar en la nave. Tu peso desaparece, todo se ralentiza, la viscosidad te protege otra vez.

Con la pseudomadre pasas horas haciendo cola delante de las tiendas de comestibles. Hay un sistema de cartillas de racionamiento. Incluso con cartilla, hay pocas cosas disponibles. No hay carne, café, azúcar ni otros productos que la pseudomadre quiere comprar. Cuando la chaqueta de invierno se te queda pequeña y la pseudomadre no encuentra ninguna de segunda mano, te lleva a unos grandes almacenes en el centro de la ciudad. Es un edificio de varias plantas conectadas por una escalera mecánica inmóvil. Sólo has visto una escalera mecánica en marcha en una película. Era un filme soviético en el que unos villanos occidentales subían y bajaban los peldaños en movi-

miento. La trama se desarrollaba en Europa Occidental, donde había villanos, no como en Europa del Este. Europa del Este es donde estáis vosotros.

En el autobús, de camino a los grandes almacenes, te imaginas subiendo y bajando la escalera mecánica como los villanos de la película, con despreocupación, pensando en otra cosa, como si la subieras y bajaras todos los días. Cuando llegáis a la tienda, la escalera está parada, los escalones, detenidos a medio paso del subsuelo, como los supervivientes de un terremoto. La escalera mecánica casi nunca está en marcha: el Estado no gasta dinero en servicios superfluos. Sólo la verás funcionar una única vez, cuando un dignatario del partido comunista visite la ciudad.

Con la pseudomadre caminas a lo largo de las estanterías vacías. No hay chaquetas de invierno infantiles. Vivís en una economía planificada; las chaquetas de invierno no se venden en invierno, se venden cuando se fabrican. No se sabe cuándo se fabrican.

En la guardería juegas con los otros niños. Ellos tampoco han subido ni bajado nunca por una escalera mecánica. Ninguno ha estado en el extranjero; las fronteras están cerradas. A media mañana os sirven sopas aguadas y zanahorias secas peladas el día anterior. Una cocinera iracunda las distribuye de un cuenco de plástico. Para almorzar hay carne de cerdo bañada en grasa, acompañada de patatas secas. Te ganas la fama de niña que no come nada. A la hora de la siesta, las monitoras os ponen a dormir en camas plegables, repartiendo gritos impunes. Hay ni-

ños que llegan a dormirse, como si se durmieran frente a un pelotón de fusilamiento.

Jugáis al escondite y al oso que está dormido y luego se despierta y se come a los niños. Te haces amiga de un niño de pelo muy rubio, casi blanco. Te sonrío como si supiera quién eres, te ayuda a atarte los cordones. Hay algo familiar en su manera de moverse, es más lento que los otros niños. En el arenero, cuando no hay cerca nadie más, le preguntas por la nave. El niño te mira sin entender, pasa su rastrillo de plástico por la arena, ríe.

Un día la monitora os reúne en círculo. Todos tenéis que decir vuestro nombre y apellidos, y vuestra dirección. Cuando llega tu turno, no dices nada. Vívís cerca de la guardería, pero no sabes cómo se llama tu calle. Los demás niños te miran expectantes, la monitora te riñe.

En casa, la pseudomadre también te riñe. «Cómo que no sabes dónde vivimos», dice. Te apunta en un papel el nombre de la calle, el número del portal y el número de la puerta. Vuestro bloque de pisos está construido de paneles prefabricados de hormigón. Estáis en la séptima planta. Los apartamentos son minúsculos. No se puede comprar un piso en el mercado privado. Los pseudopadres recibieron el suyo de su empleador, una empresa química pública. Todo el edificio está habitado por sus compañeros de trabajo, los vecinos trabajan juntos cada día. Hay una igualdad extraña. Los jefes viven en pisos con los mismos metros cuadrados y la misma distribución que sus su-

bordinados. Por las mañanas un autocar viene a buscarlos y los lleva a trabajar. Como en un *koljós*.

En el cuarto piso vive el vecino que te salvó la vida cuando dejaste de respirar. También trabajó para la química, ahora está jubilado. Para complementar la pensión, se dedica a arreglar relojes. A veces os lo encontráis en el ascensor. Intercambia galanterías con los pseudopadres. Lo observas de reojo en el espejo del elevador. En la muñeca izquierda lleva un reloj de pulsera. La esfera de su reloj está vacía, le faltan las manecillas. «En casa del herrero, cuchillo de palo», ríe el pseudopadre en casa.

Vuelves a la guardería con el papel en el que la pseudomadre apuntó vuestra dirección, se lo enseñas a la monitora. Ya no le interesa saber dónde vives, pasa la mañana gritando a los otros niños.

Está nevando. El pseudopadre viene a buscarte a la guardería con un trineo. Casi siempre es la pseudomadre la que te recoge. Él viaja mucho por trabajo, la química lo manda por todo el país. Ahora lo ves caminar delante de ti por la acera cubierta de nieve, su mano vestida con un guante negro arrastra la cuerda del trineo. Las gafas te protegen los ojos del aire helado, las cuchillas del trineo chirrían cuando se encuentran con el asfalto. Cierras los ojos, te deslizas sin esfuerzo, te acuerdas de la nave.